

La crítica a la realidad

Luis Arriaga¹

Intervención del Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores del Occidente (ITESO), dentro del VIII Congreso Internacional de Ciencia Política “Desigualdad, corrupción y populismo” de la Asociación Mexicana de Ciencias Políticas (AMECIP)

Un cordial saludo desde el ITESO a esta comunidad de politólogos y politólogas. Permítanme comenzar por señalar que me pesa mucho no recibirlos presencialmente en el ITESO, tal como se tenía contemplado originalmente. Nos sentíamos honrados con ser la sede física de un evento académico con el prestigio del Congreso Anual de AMECIP. Nos pesa mucho que las circunstancias imperantes hagan imposible que nos visiten en el ITESO. Hago votos desde ahora para la virtualidad del congreso se acerque lo más posible a la riqueza de la interacción presencial.

El 2020 ha sido un año difícil y sorpresivo. Las crisis de salud, económica y social que trajo consigo la pandemia han desafiado la estabilidad de las instituciones políticas de nuestro país. Además, las desigualdades se han acentuado, así como sus consecuencias, y la violencia, la corrupción y el atropello de los derechos humanos no dan rastros de mejora. En medio de un contexto tan complejo resulta necesario detenerse y cambiar, aunque sea un poco, la perspectiva. A nueve meses de la llegada del COVID-19 a México, la ciudadanía parece estar fastidiada de cuidarse y de cuidar a los demás, lo cual es comprensible. Estamos bombardeados de malas noticias y, frente a este panorama, no es de extrañarse que las personas se paralicen en vez de movilizarse. Además, nuestros marcos interpretativos caen fácilmente en lógicas apocalípticas, lo cual lleva a que la ciudadanía tenga aún más motivos para no involucrarse en los asuntos de interés público.

Me gustaría referirme brevemente a los tres temas en que se centra este congreso. Frecuentemente se habla de la polarización en nuestro país, así como de llamados a la reconciliación. Sin embargo, estos discursos se centran, casi siempre, en la brecha entre las opiniones sobre asuntos públicos y rara vez en la distancia que existe entre los diferentes estratos sociales. Al hablar de la polarización imperante no debemos perder de vista que México es un país con enorme desigualdad en el ingreso. Tenemos un puñado de multimillonarios mientras que la mayoría de nuestra población vive en situación de pobreza, más aún tras la pandemia. Los llamados a limar las asperezas políticas en nombre de una supuesta unidad nacional a rajatabla, sin considerar la realidad material que subyace a esta polarización, no ayudan. Amplios sectores de la población no tomarán a bien aquellos llamados a la unidad que ignoran la desigualdad económica.

En cuanto al populismo, es necesario reconocer que no existe el populismo en estado puro, sino que hay experiencias heterogéneas, con variaciones importantes. No obstante, uno de los rasgos fundamentales que comparten los populismos es que el líder, casi siempre carismático, se asume como la personificación misma del pueblo. Estos regíme-

¹ Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. S.J.

nes promueven, además, una visión débil de las instituciones y mantienen una antipatía generalizada hacia el pluralismo.

Permítanme referir a un documento religioso, pero no por ser tal, sino porque me parece profundo y reflexivo en su tratamiento del populismo. Me refiero a la más reciente encíclica papal *Fratelli Tutti*. Ahí, el papa Francisco sostiene que hay, guste a quien guste y pese a quien pese, líderes populistas que han sido capaces de interpretar el sentir de su pueblo, su dinámica cultural y sus tendencias sociales. Así, el servicio que prestan a su gente puede ser la base para un proyecto duradero de transformación y redistribución. No obstante, parte de los riesgos del populismo —continúa en su argumentación el Papa— residen en que el líder populista instrumentalice al pueblo y lo utilice para satisfacer sus propios intereses y perpetuarse en el poder. En ello, el líder se puede valer especialmente de la vaguedad de la noción de pueblo, que se presta a las más disím-bolas interpretaciones. Esta relación política puede agravarse, señala Francisco, hasta convertirse en un avasallamiento generalizado de las instituciones y de la legalidad a la figura carismática.

Tanto líderes populistas de derecha como de izquierda han manipulado la voluntad popular para sus fines. Algunos son autoritarios, otros no; no obstante, es frecuente que polaricen a la sociedad, reten a la democracia representativa y pongan en jaque la división de poderes. Según el politólogo Kurt Weyland, el populismo puede definirse como una estrategia política mediante la cual un líder personalista busca o ejerce el poder gubernamental basado en el apoyo directo, no mediado y no institucionalizado de un gran número de seguidores no organizados. Esta relación directa, cuasipersonal, pasa fácilmente por encima de las instituciones y las subordina a la voluntad personal del líder. De ahí deriva al potencial de los populistas para dividir a la sociedad y tratar de limitar la diversidad en la opinión pública. Más preocupante aún es que una sociedad polarizada es incapaz de llegar a acuerdos amplios y de largo plazo, lo cual, lejos de construir ambientes democráticos, los debilita.

En materia de corrupción, como se sabe, México ocupa el lugar 130 de 198 en materia de percepción de corrupción, de acuerdo con el Índice de Transparencia Internacional. Y permítanme conectar el análisis de la corrupción con el de la desigualdad. Al contrario de lo que se cree, desigualdad y corrupción —dos fenómenos en apariencia diferentes entre sí— mantienen una estrecha relación. La corrupción, además de generar enormes pérdidas económicas, lastima la vida de miles de personas violando sus derechos civiles, políticos, económicos y sociales. En México, no hay familias más afectadas por la corrupción que las familias más pobres. Como ha documentado Transparencia Mexicana, las familias que ingresan un salario mínimo o menos llegan a pagar una tercera parte de su ingreso en corrupción en trámites y servicios, es decir, más del doble que el promedio de todas las familias. En un país fragmentado y con instituciones frágiles, la corrupción debilita el estado de derecho y termina por imponerse quien tiene más dinero y poder, dejando en la desprotección al resto de la población, especialmente a los más vulnerables.

Termino esta intervención por donde comencé. Sostengo que es urgente cambiar nuestras narrativas para que los problemas que nos aquejan actualmente dejen de sentirse inabarcables. En lugar de sembrar desconfianza, sospecha y polarización, necesitamos discursos y sobre todo propuestas que siendo modestas no dejen de ser reconciliadoras.

Como académicos, me parece que debemos entablar conversaciones que inviten no solo a hacer una crítica constante de la realidad, sino también a escuchar la pluralidad de voces, intereses y necesidades que caracterizan a nuestra sociedad. En este sentido,

estoy seguro de que los conferencistas magistrales de talla mundial invitados a este congreso —Susan Rose-Ackerman, Adela Cortina, Gerardo Munck, Claus Offe y Ronald Inglehart— brindarán reflexiones interesantes en materia de desigualdad, corrupción, populismo y otros temas.

Siendo hoy martes 8 de diciembre de 2020 declaro formalmente inaugurado el VIII Congreso Internacional de Ciencia Política. Bienvenidos todos y bienvenidas todas.

Muchas gracias.